https://doi.org/10.29393/At413-73ARMG10073

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

LA APOTEOSIS DE RUBEN DARIO[1]

Intento de explicación del fenómeno

SE APROXIMA la conmemoración del centenario de Rubén Darío. Ésta debiera ser ocasión propicia a estudios serios que dilucidaran el arte del poeta en relación con sus contemporáneos americanos, muy particularmente su cuantiosa deuda a Martí y a Nájera, las fallas internas de su estro, su ética, su vida, y el nocivo influjo que ambas —ética y vida—, ejercieron en la juventud que lo tomó por modelo. Dudo mucho, sin embargo, que tales deslindes se hagan. Lo probable es que la coyuntura centenaria sirva de pretexto para acentuar la trompetería ditirámbica que desde fines del siglo pasado rodeó su nombre. Con un año de anticipación, la gárrula falange rubendaríaca empezó a disparar su artillería más lisonjera, y no es poca la pólvora gastada ya en salvas anticipadas. Si la cosecha centenaria resulta tan baladí y estulta como las primicias que he leído, la gloria del poeta saldría gananciosa si se cancelara el homenaje.

Según el testimonio de sus amigos y contertulios, Rubén Darío era de palabra premiosa, y a menos de encontrarse muy "achispado", su elocuencia era tácita casi siempre. Sin embargo, ha tenido el privilegio de desatar la más atronadora algarabía en prosa y verso que haya afligido a ningún escritor o poeta hispano de los últimos siglos. Piénsese en sus más eminentes cofrades líricos —Nájera, Martí, Díaz Mirón, Casal, Silva, Valencia, Nervo, Lugones, Herrera y

[1]Con motivo de cumplirse en enero próximo el centenario del nacimiento de Rubén Darío, revistas de América y España anuncian números especiales en homenaje al poeta nicaragüense; entre esas revistas está ATENEA. El catedrático de la Universidad de Los Angeles. U.S.A., profesor Manuel Pedro González, nos advierte, en el presente trabajo, de las posibles exageraciones ditirámbicas de tales homenajes, desfigurando así la autenticidad de la vida y obra de Darío. *N. de la D.*

Reissig, González Martínez, Machado, Juan Ramón: la bibliografía pasiva de todos y cada uno de ellos es insignificante si se la compara con la montaña de imitaciones en verso y apologías hueras en prosa con que el cretinismo letrado ha abrumado y puesto en ridículo a Darío desde 1888. Por cada estudio serio, como los de Eduardo de la Barra, Rodó, Pedro y Max Henríquez Ureña, Saavedra Molina, E. K. Mapes, las investigaciones históricas de Raúl Silva Castro (no las apreciaciones críticas), Marasso, de Onís, Salinas, Lida, y las indagaciones de Ernesto Mejía Sánchez, se han publicado mil loas chirles y bombásticas que vejan al gran poeta. Esta catarata de adulaciones sin meollo ni sagacidad crítica, si Dios no lo remedia, es probable que alcance un diapasón grotesco el año próximo. La verdad es que el infeliz poeta anda ya muy urgido de que algún colega con talento escriba otra "Letanía de nuestro señor Rubén Darío", porque "entre los aplausos o entre los desdenes, / y entre las coronas y los parabienes / y las tonterías de la multitud", la gloria del cantor se nos va reduciendo a gloriola inflada y vacua. De tantos "elogios, memorias, discursos / . . . Certámenes, tarjetas, concursos" como ha soportado, ya casi no lo reconocemos. Por Dios que debiera imponerse una moratoria a este aluvión retórico y pedante, y prohibir que sobre él escriba tanto pavitonto, so pena de quedar condenados todos al suplicio de leer eternamente sus propias soseras.

Este es un aspecto de la biobibliografía ruberiana que nadie ha elucidado, y es otro deslinde que debe hacerse. ¿Por qué arrastra Darío en su cauda a tanto parlanchín indocto y cursi? ¿Por qué ha de inspirar tanta necia charlatanería? ¿Por qué se acogen a él y se ponen bajo su advocación tantos simuladores, tantos llenapáginas venales, tanto malandrín de las letras, tantos fulleros con disfraz de patriotas y personas decentes? Porque lo indiscutible es que Rubén Darío se ha convertido en Santo patrón del cretinismo hispano en ambas riberas del Atlántico, y es hora ya de que se indague la razón de tal predilección. Aquí sólo apunto una posible respuesta, pero el tema demanda análisis detenido. Hágase un cotejo de la forma en que se conmemoró el centenario de algunas de las figuras cumbres de nuestra cultura con el carnavalesco apoteosis que a Darío se le prepara. He aquí los centenarios de nacimiento o muerte de mayor significación que en las últimas décadas se han recordado: Juan Montalvo (1932); Ricardo Palma (1933); José Hernández (1934); Eugenio María de Hostos (1939); José María Heredia (1939); Miguel Antonio Caro (1943); Manuel González Prada (1948); Justo Sierra (1948); Enrique José Varona (1949); José Martí (1953); Salvador

Díaz Mirón (1953); Manuel Gutiérrez Nájera (1959); Baldomero Sanín Cano (1961); Julián del Casal (1963); Andrés Bello (1965); José Asunción Silva (1965). Si descartamos a Domingo Faustino Sarmiento quien, como Bolívar, fue más hombre de acción que escritor —aunque lo era de calidad y escribiera 51 gruesos tomos—, y cuyos centenarios corresponden a 1911 y 1988, los dieciséis nombrados representan muchos de los valores más nobles y acrisolados que han enriquecido la cultura americana a partir de la independencia. Muchos de estos grandes lo fueron, no sólo por el talento y la cultura, sino por su ejemplar y limpia conducta. No puede decirse otro tanto de la de Rubén Darío, cuya ética y comportamiento fueron muy poco ejemplares desde su adolescencia hasta su muerte. Por otra parte, no pocos de los citados ejercieron hondo influjo en varios campos, no solamente en las letras, como ocurre con Darío, cuya influencia bienhechora está limitada a la poesía en verso. Entre los dieciséis aludidos se cuentan los más auténticos pilares de nuestra alta cultura en diversas ramas, lo mismo que los varones más probos, dignos y paradigmáticos que América ha producido, y algunos de ellos, en cuanto poetas, lo fueron de tan alta jerarquía como la que a Darío se le ha reconocido. Y sin embargo, los sendos centenarios de estos eminentes benefactores pasaron inadvertidos o poco menos fuera de sus respectivas patrias. El único que encontró débil eco continental fue el de Martí. ¿Quiénes, fuera de Chile y Venezuela, se acordaron de, o conmemoraron adecuadamente el centenario de Bello, ese fantástico fenómeno cultural a quien tanto debe América? Intentemos una explicación de esta anomalía, porque o mucho me engaño, o la razón de esta sinrazón es de índole ética más que estética.

Hay dos Rubenes: el artista dotado de altísimo don poético, y el hombre de muy inedificante moral y, aún más, indecoroso proceder. Al primero debe juzgársele con criterio estético, por más que gran parte de sus producción poética se resienta de la amoralidad y la irresponsabilidad del hombre; a éste, en cambio, hay que valorarlo con el cartabón ético y con pautas deontológicas. Estimo que al Rubén Darío, poeta, se le ha sobrevalorado a partir de 1896, fecha de *Prosas Profanas*. Ya desde 1888 lo venían endiosando sus cotorreros imitadores. Pero fue este libro elegante y frívolo, revolucionario y novedoso en cuanto a temas, tropología, y metrificación, afrancesado, exótico, y preciosista, el que deslumbró a muchos admiradores igualmente frívolos y noveleros. El primero en señalar los excesos en que Darío había incurrido en el último quinquenio, fue su máximo benefac-

tor, valedor y apologista de antaño: Eduardo de la Barra[1] quien un año antes de aparecer el libro, había escrito en el opúsculo *El Endecasílabo Dactílico* (1895) al defender a Darío de los ataques de Clarín:

> Darío, como Góngora, por desgracia, ha errado su rumbo aguijoneado por el prurito parisiense de la nota rara, de la frase llamativa, de la originalidad, a toda costa. Se extravía, seducido por no sé qué visión delirante de infundir vida a la forma, luz y color a cada letra, idea y sabor a la sílaba, sentimiento a la palabra, orquestación a la frase. Así poco a poco se reemplaza la sencillez ética, tan adorable y artística, por el relumbrón bizantino, y la naturalidad siempre apetecible y sabrosa por bizarrerías lírico-epilépticas, sibilinas divagaciones, caprichosos engendros volátiles y ensueños exóticos poblados de palabras policromas, que suenan y no dicen, complicados arabescos, chinescas fanfarrias y monstruosidades japonesas. De lo artificial y afectado huye la Poesía, producto excelso de la naturaleza viviente, clara, verídica, serena, sencilla, noble y siempre armoniosa[2].

Este Darío afrancesado, escapista, y mimético, frívolo y "snob", que todavía en 1896, cumplidos ya los treinta años, permanecía encan-

[1]A nadie debió tanto Rubén Darío ni con nadie fue más ingrato que con Eduardo de la Barra. Las múltiples alusiones peyorativas a los profesores de literatura que en sus prosas posteriores a 1890 se descubren, van dirigidas contra de la Barra que lo había vencido en un concurso poético en 1887. De la Barra fue su fiador y padrino, y en todo momento durante su estancia en Chile se convirtió en su ángel tutelar. De la Barra, buen poeta y crítico mejor enterado que Juan Valera y que Clarín de lo que en Francia se gestaba, no sólo escribió el prólogo de *Azul*... que Juan Valera explotó —sin nombrar al autor—, sino que fue el instrumento indirecto para que Valera escribiera sus dos cartas. Contribuyó a sufragar el costo de la edición de *Azul*..., y el del viaje de regreso a Nicaragua. La última gran merced que de la Barra le hizo fue conseguirle, mediante la intercesión de su suegro, José Victorino Lastarria, la corresponsalía de *La Nación*. Darío pagó todos estos y otros favores con su acostumbrada ingratitud. Luego se agriaron las relaciones entre ambos poetas, pero de la Barra fue el más generoso y noble de los dos. Todavía en 1895, cuando la recíproca beligerancia era un hecho público, de la Barra defiende —y exalta—, a Rubén de los ataques de Clarín. La ingratitud que con de la Barra mostró Darío, la hizo extensiva a Chile y a otros chilenos a quienes mucho debía.

[2]Citado por Raúl Silva Castro en *Obras Desconocidas de Rubén Darío*..., Prensas de la Universidad de Chile, 1934, pág. CXVIII. Por lo mismo que en varias ocasiones he disentido del criterio de Silva Castro, deseo reconocer aquí su capacidad de investigador, gracias a la cual la escala de Darío en Chile es el período mejor indagado de la vida del poeta.

dilado por las luminarias parisienses como un bachiller provinciano; que soñaba con la gloria —y la apostasía idiomática— de escribir en francés; que abominaba de la democracia y se pirraba por codearse con los ricos y los "aristócratas" europeos ("se enorgullecía de la amistad con los millonarios", dice uno de sus amigos y epígonos más leales[3]); este Darío artificioso y ficticio, que empujado por el complejo de inferioridad que su mestizaje étnico le imponía, se entretiene en cantar a reinas y princesas, y se refugia en ambientes librescos, exóticos y distantes; este Darío, disfrazado de lechuguino, aristocratizante, infiel a su cultura, a su ambiente y a su tradición; que reniega de lo propio y anhela injertarse como hijo bastardo en la cultura francesa y en la lengua gala; este Darío libresco y amanerado, repito, es un valor histórico que muy poco significa hoy. No fue del todo dañino ni del todo benéfico, sin embargo, el tremendo impacto de *Prosas Profanas*. Al exagerar la nota galicista, exótica, frívola y preciosista, contribuyó, enormemente, por un lado, a renovar el gusto poético, a flexibilizar el lenguaje, a depurar y refinar el léxico, el estilo y, en general, la forma. Enriqueció la sensibilidad y la temática, la tropología y la métrica —sobre todo la metrificación. La reforma o renovación de la versificación hispana es obra colectiva, generacional, a la que todos los grandes modernistas americanos contribuyeron; pero la aportación de Darío en este campo es mucho más grande y trascendente que la de ningún otro cofrade americano o español. Por eso dije en otra ocasión que Darío hace con el verso en la década del 90 lo que Martí había hecho en la del 80 con la prosa: lo remoza y transforma; y al hacerlo, completa la tarea de renovación modernista que Martí y Nájera —pero sobre todo Martí—, habían iniciado entre 1880 y 1882, y llevaron a feliz término, en la prosa, mucho antes de 1888. Martí y Darío, no obstante ser antípodas en el orden moral, en cuanto artistas de la palabra, no se oponen —exceptuados los excesos que De la Barra señaló—, sino al contrario, se complementan. Martí, pensador al fin, es un máximo prosista; Darío, en cambio, era por definición, poeta en verso condenado a escribir en prosa para ganarse la vida, como afirmó Pedro Salina (lo mismo puede decirse de Gutiérrez Nájera).

He apuntado el saldo positivo de *Prosas Profanas* —el libro más leído y más influyente de cuantos Darío publicó. El germen renovador y fecundo que contiene fue benéfico para los grandes poetas que por aquellas calendas empezaban a granar: Valencia, Lugones,

[3]Osvaldo Bazil: "¿Cómo era Rubén Darío?", *Vidas de iluminación*. La Habana, 1932.

Herrera, Nervo, Urbina, González Martínez, etc. Como a todos los asistía un gran talento poético y recia originalidad, pudieron aprovechar todo lo que en *Prosas Profanas* había de valedero y artísticamente fructuoso y fecundo, sin caer en las exageraciones, apostasías y exotismos en que el libro abunda. Por desdicha, no fueron los grandes bardos los únicos que leyeron aquella clarinada galicista. Desde la aparición de *Azul*... empezó a proliferar en toda América la caterva de cacatúas rubendariacas que todavía hoy perdura y cloquea en prosa. Eran los segundones, hijos ilegítimos del modernismo que tomando a este Rubén de *Azul*... y *Prosas Profanas* por modelo, fomentaron el llamado "rubendarismo", producto degenerado y adulterino que nada tiene que ver con el modernismo, aunque sí con Darío. Como carecían del talento y la cultura del mentor —o de sus eminentes coevos—, sólo pudieron remedar —exagerándolo— todo lo que en *Prosas Profanas* es menos digno de emulación. De ahí el cacareo insípido, afectado, y pedante en que degeneró la ciega imitación de aquel Darío tan perecedero y tan cancelado en la actualidad. El maestro supo renovarse y curarse de aquel sarampión galicista, extranjerizante y "snob" después de 1900, pero sus émulos, jamás lograron ocultar la librea que su ídolo le enristró. Darío protestó una y otra vez contra el rubendarismo con sobrada razón; pero lo indiscutible es que dio pábulo a él, y que en Rubén se inspiraron los que perpetraron el atentado poético que en la historia lleva su nombre por lema.

Cuando en enero de 1899 llega a España por segunda vez, Darío tiene que hacer frente a una actitud bifurcada en la intelectualidad madrileña —bifurcada y ambivalente. De una parte el grupo de los jóvenes imberbes todavía algunos de ellos que lo admiran y que tácita o abiertamente aceptan su rectoría —aunque a semejanza de los grandes contemporáneos americanos precitados, ninguno diera en el preciosismo y el amaneramiento de *Prosas Profanas*. Se llaman Salvador Rueda, Villaespesa, Valle-Inclán, Benavente, Antonio y Manuel Machado, Juan Ramón, Pérez de Ayala y varios otros. Durante las dos décadas siguientes, los nombrados, juntos con Unamuno, Azorín, Miró, Ortega, etc., llevarán a cabo en la prosa y la poesía españolas una transformación equivalente a la que desde 1882 se había operado en América —primero en la prosa y diez años más tarde en el verso. Frente a estos adictos —adictos leales, pero no aduladores, como la cáfila americana que tanto lo había endiosado—, se encrespa el grupo hostil de los tradicionalistas ramplones, los académicos anquilosados, de mente y espíritu atrofiados por mil años de catolicismo cerril y fósil, que a toda novedad o intento de renovación ideológica o esté-

tica declaran guerra a muerte. Colaborando con tal mentalidad troglodítica, pero con espíritu muy distinto, aparece la falange de poetas satíricos. Son todos de segunda y tercera fila, pero no desprovistos de ingenio y de gracia algunos de ellos. Estos versificadores mordaces ponen en solfa al bate nicaragüense en parodias incisivas, vivaces y chungonas. El ingenio madrileño hace objeto de sus dardos irónicos y de sus fisgas divertidas y epigramáticas los poemas más artificiosos, extemporáneos y frívolos de *Prosas Profanas*. El pitorreo jocoso y picaresco se ensaña en el amaneramiento, el "snobismo" y los pujos aristocráticos que Rubén revela en este libro. El arma que estos guerrilleros emplean —la parodia sandunguera y a la vez envenenada—, es de una terrible eficacia demoledora. Darío lo sabe y se duele de ello. No hay defensa contra estas chirigotas ingeniosas y divertidas. El cachondeo se extiende a varias revistas satíricas. El poeta, mal de su grado, rectifica el rumbo y se cura de una vez para siempre de las tercianas galicistas, de exoticismos y de los anhelos rastacueros de escribir en francés. El vapuleo satírico consiguió lo que diez años de invectivas y furibundos ataques académicos no lograron[4].

La terapéutica literaria que en España le aplicaron fue mortificante y dolorosa, pero bienhechora. A ella debemos el mejor Darío, el más hondo y perdurable. La estética y el mensaje sensual que *Prosas Profanas* contiene, han periclitado y son valores históricos, sin vigencia ninguna ya. *Cantos de Vida y Esperanza,* en cambio, se mantiene vivo y actual como uno de los hitos de mayor significación del modernismo y aun de la poesía hispana. En la evolución literaria de Darío, los *Cantos* representan el punto culminante; a partir de este libro, se inicia el descenso. Este Darío menos obcedido por el sexo, más responsable y sincero, más preocupado por los problemas trascendentales, sin dejar de ser tan refinado y artista como el de *Prosas,* supera la modalidad anterior y la relega, a su pesar, a la categoría de una expresión transitoria y efímera.

La creación literaria, más aún que la musical o la plástica, está íntimamente vinculada a la personalidad y temple moral de quien la produce —quiéralo o no. Un gran artista de la palabra podrá encarnarse en un hombre de ínfima valía humana, pero sus creaciones se resentirán siempre de la ausencia de este indispensable punto de apoyo. Un poeta que de él carezca podrá brillar y hasta deslumbrar transitoriamente como un refulgente meteoro, mas a la

[4]V. "Parodia y Sátira en el Modernismo", por Carlos Lozano. *Cuadernos Americanos,* vol. CXLI. julio-agosto, 1965, págs. 180-200

larga, su obra se marchitará porque su esplendor y centelleo es mero artificio, refulgencia externa, oropel o vano atuendo sin alma y sin arraigo en la conciencia o en el dolor humanos. Quien no escriba con su propia sangre o carezca de ideales y anhelos altruistas, podrá ser un artífice del verso, pero su brillo será irremediablemente fugaz. Piénsese por vía de ejemplo en *El velo de la reina Mab* de Darío, o en la canción de Catulle Mendès, que le sirvió a Rubén de tema y modelo, y compárense ambos con el poema inspirado en el mismo asunto, *Queen Mab* de Percy B. Shelley, escrito a los 18 años. El relato de Rubén tanto como la canción de Mendès no son más que un recuerdo literario sólo conocido hoy de lectores muy cultos; el poema de Shelley, en cambio, tanto como las extensas, vibrantes y combativas notas complementarias que le añadió, siguen vivos, actuales y *actuantes,* y a los 150 años de publicados se reeditan en muchas lenguas, y constituyen en la actualidad una fuente de inspiración y de esperanza a la vez que un arma de combate en la lucha por la equidad y la justicia sociales. La razón de esta longevidad y lozanía es que, Shelley era uno de los seres más seráficos, altruistas, nobles y puros que la humanidad ha producido —y uno de sus más geniales poetas—, y en aquel poema de su gloriosa adolescencia insufló íntegra su personalidad moral, su amor romántico a la humanidad, su abominación del tartufismo, la injusticia, el egoísmo y la maldad de los poderosos; su piedad por los desvalidos, su enorme capacidad de simpatía y de ternura para con los débiles, los miserables y los que sufren la opresión y la iniquidad de los fuertes. Jamás se ha producido en la lengua inglesa una conjugación tan perfecta del genio literario y la grandeza moral como en el caso de Shelley. En español, sólo en José Martí encontramos idéntico maridaje de lo inefable con lo genial, entre la máxima perfección moral y la suma aptitud creadora.

No fue semejante al de los dos citados el caso de Rubén Darío. No se encuentra en nuestra lengua otro ejemplo de tan alto don poético encarnado en tan impuro barro. Hay que decirlo porque es cierto, y porque hay que dar al César lo que al César pertenece. Y el César aquí es el poeta. Se puede —y se debe—, admirar al ínclito vate y sentir piadoso desdén por el hombre. Porque lo innegable es que Darío era un ser amoral, irresponsable y muy poco escrupuloso ("Un día me dijo que la amistad que no se traduce en dinero, era una 'babosada', lo cual demuestra un triste concepto de la amistad") [5]. La vida y la conducta del poeta es tan inedificante

[5]Osvaldo Bazil. *Op. cit.*

que sus biógrafos se ven compelidos a pasar sobre muchísimos episodios como por sobre ascuas, silenciándolos o atenuándolos con caritativos eufemismos. Y no es que Rubén fuese un hombre malo o perverso. En el fondo era indiferente al bien y al mal, pero inconscientemente inclinado a la bondad. La dipsomanía se le convirtió en hábito casi diario desde los dieciséis o dieciocho años y asombra que haya vivido hasta los cuarenta y nueve. Las fronteras entre la rectitud ética y la claudicación, entre el decoro y la simonía permanecieron indefinidas y borrosas en su conciencia demasiado acomodaticia. Si su sentido moral hubiera sido tan exigente y digno como su concepto del arte, habría pasado a la historia como un nuevo Milton, un Shelley o un Hugo. Las aristas más destacadas de su idiosincrasia eran la amoralidad, la irresponsabilidad, el "snobismo", la frivolidad, el epicureísmo frenético, y para decirlo eufemísticamente, la increíble pusilanimidad. El amilanamiento en él era doble: físico y moral. Tales proclividades se reflejaron muchas veces no sólo en su proceder vital sino en su ejecutoria poética, y contribuyeron a desdorarla y a restarle autoridad y prestigio. Su musa era una hetaira que lo mismo servía para un fregado que para un barrido. Así, en 1887, los 300 pesos que ofrecen como premio en un certamen poético, le inspiraron ardiente "patriotismo" chileno y escribe el *Canto épico a las glorias de Chile* —con la ayuda de Eduardo de la Barra que lo instruye en historia nacional. En 1910, en cambio, los 10.000 francos que *La Nación* le brinda aguijonean su "patriotismo" argentino y escribe el más largo poema que salió de su pluma, *Canto a la Argentina,* el cual no logra equipararse a la hermosa geórgica que sin el beneficio de 10.000 francos escribe el mismo año y sobre el mismo tema, Leopoldo Lugones: *Ola a los ganados y las mieses.* Otro ejemplo: Justo Rufino Barrios es el menos crapuloso y detestable de toda la caterva de dictadores grotescos y sanguinarios de Centro América. Fue un tenaz luchador por realizar el viejo anhelo de muchos patriotas: la unión o confederación de las repúblicas centroamericanas. En un muy corto espacio de tiempo, Darío cambia tres veces de divisa. Primero se muestra ardiente defensor de la unión y de Barrios; a los pocos meses, convertido en Tirteo patriótico, escribe frenéticos himnos guerreros contra la unión y contra Barrios; mas transcurren otros cuantos meses. Darío está ahora al servicio del presidente Méndez, de El Salvador, unionista, quien lo nombra director del periódico *La Unión* para que defienda los ideales que acababa de combatir con tanto denuedo. Y Darío, indiferente a los méritos de la causa, rectifica una vez más su criterio y se convierte

en adalid unionista. La verdad es que Rubén Darío era un gran poeta mecénico, de espíritu cortesano —para no emplear el término más apropiado y merecido. Siempre me ha sorprendido la estupidez de los tiranos de su época —Porfirio Díaz, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Estrada Cabrera, José Santos Zelaya, etc.—, que no supieron incorporarlo a su respectiva corte de aduladores. Por mil dólares al mes hubieran podido tener a su servicio entonándoles loas almibaradas al más aplaudido y admirado poeta de nuestra lengua. Añadiré sólo una claudicación más por la importancia que tiene y el daño que hizo. Al año siguiente de publicar los *Cantos de Vida y Esperanza,* en 1906, se le nombró secretario de la delegación de Nicaragua a la tercera conferencia panamericana que tuvo lugar en Río de Janeiro. Darío ha alcanzado el pináculo de su gloria, y es el mentor y *leader* reverenciado y acatado por todos en América. En 1898, la derrota de España en Cuba produce una reacción favorable a la antigua metrópolis. Los vitriólicos ataques que en aquella ocasión escribió Darío contra los yanquis fueron los más furibundos que aparecieron en el Río de la Plata. Los epítetos más veniales con que los designó fueron "búfalos", "bárbaros", "gorilas colorados", "bestias", etc. En 1904, poniéndose a tono con la campaña que realizaban en todo el continente Rodó, Ingenieros, Manuel Ugarte, Enrique José Varona, Rufino Blanco-Fombona, y otros muchos en defensa de la independencia y la dignidad de la América latina, escribe Darío la oda *A Roosevelt* que yo no sé por qué ha sido tan aclamada como terrible filípica contra Roosevelt y su país. La he vuelto a leer por vigésima vez y pienso que si "Teddy" Roosevelt alcanzó a conocerla debió sentirse halagado por las lisonjas que contiene. Por lo demás, no creo que al rijoso *leader* norteño le haya preocupado gran cosa la ingenua remisión a Dios con que Darío cierra su canto. Si eso —Dios— es cuanto América puede oponer a la penetración y dominio de los Estados Unidos, está aviada. Dios ha sido siempre un eficaz socio de los poderosos, y sólo a Darío podía ocurrírsele conminar a Roosevelt con tan inane fantasma.

Pero en 1906, encontrándose en Río de Janeiro, escribe la apostasía más impúdica, irresponsable, y perniciosa de su vida: *Salutación al águila,* con la cual traiciona el ideal de una América soberana y decorosa por el cual luchaban los más nobles espíritus en aquellos mismos instantes. ¡Y esta oda cínica y adulona, antítesis de cuanto antes había proclamado, la escribe cuando ya los Estados Unidos se habían adueñado de Puerto Rico, habían impuesto por la fuerza la Enmienda Platt a Cuba, se habían apoderado *manu militari* de

Guantánamo y acababan de desmembrar a Colombia! ¿Por qué entona Darío esta palinodia descarada y adulona? ¿Fue un impulso espontáneo, irreflexivo y pueril ante la personalidad de Elihu Root, hombre culto, talentoso y diestro en argucias diplomáticas que presidía la delegación norteamericana, o le fue sugerida, ordenada o pagada por alguien interesado en halagar a los Estados Unidos, y sobre todo deseoso de contrarrestar y neutralizar la campaña de marras con el enorme prestigio del gran poeta? Nunca he visto elucidado este misterio, pero la tal deserción de las filas del decoro hispanoamericano produjo hondo desencanto y aun mayor indignación entre muchos escritores y poetas que lo admiraban y querían. El ya muy mermado crédito moral de que Rubén, el hombre, disponía todavía, se agotó definitivamente al conocerse esta apostasía. Ninguno de sus poemas ni libros contribuyó tanto a su desprestigio moral como la *Salutación al águila.*

En 1910, cae Santos Zelaya, y la "mágica Aguila", la "divina Aguila", el "Aguila ilustre", la "Aguila prodigiosa", acepta la reiterada invitación que Darío le había hecho cuatro años antes ("Bien vengas, mágica Aguila"... "Muy bien llegada seas"..., etc.) y lo complace en su anhelo de que las "alas enormes y fuertes" vayan "a extender sobre el Sur tu gran sombra continental". El águila ha decidido que Santos Zelaya se tome una cura de reposo definitivo. A instancias de Santos Zelaya, ya exilado en Bruselas, Darío apela de nuevo este año a su antiguo estro antiyanqui y pone a Roosevelt como no digan dueñas en un artículo en *Le Paris Journal.* El zarpazo del "Aguila mágica" es menos almibarado y meloso que las iteradas bienvenidas que el poeta le había extendido cuatro años antes. Zelaya que añora en Bruselas su antigua satrapía, se vale del prestigio poético de Rubén para atacar a los Estados Unidos, y le indica lo que debe escribir, y hasta le señala y recomienda que se valga de los argumentos de José Martí para combatir los planes del Presidente Taft y su secretario de estado Knox. El numen poético que cuatro años antes había entonado el más indecoroso y adulón ditirambo que en español se haya escrito en loor de la "divina Aguila", ese mismo numen, repito, a solicitud del tirano destronado, escribirá a principios de 1911 el folleto *Refutación a Taft* que en español, inglés y francés circuló mucho en Europa y ambas Américas. Es, a los 44 años de edad, el mismo Rubén que era a los 20 —amoral, irresponsable, que lo mismo defiende una causa que su opuesta. Compárese la vida y la conducta del bardo nicaragüense con la de todos los grandes modernistas americanos arriba aludidos. Sus congéneres llevaron una vida decorosa, aun aquéllos que como Herrera fueron

víctima de los estupefacientes, o los que al final abusaron del alcohol, como Rodó, Nájera y González Martínez. La gran distancia que media entre Darío y estos ínclitos poetas es ética, no estética. Compárese la dignidad con que José Asunción Silva, por vía de ejemplo, sobrelleva la dura adversidad que tanto se ensañó en él durante los dos últimos lustros con el proceder de Rubén. La de Silva durante estos años es una vida trágica, terriblemente trágica, pero el poeta la soporta con admirable y viril estoicismo. Hasta en la forma en que le pone fin hay dignidad y varonil entereza. La vida de Darío, en cambio, es un puro sainete que con frecuencia se torna grotesco. ¿Hay nada más grotesco que la aventura de burdel con que se estrena el flamante diplomático en Nueva York a principios de 1908? Tres días pasa borracho en una mancebía su excelencia el ministro de Nicaragua en España, semisecuestrado porque no tiene dinero para pagar el consumo que ha hecho y el hospedaje en tan casto retiro. La policía tiene que intervenir en el asunto y se produce un escándalo internacional y el rescate cuesta 300 dólares al gobierno de su país. Y como éste, otros muchos episodios similares que sus biógrafos omiten cuidadosamente. No se ha escrito todavía una biografía *completa* y detallada de Rubén Darío que nos dé *toda la verdad* de su vida tan poco ejemplar. No la tenemos y la necesitamos. Darío reclamó reiteradamente *pro domo sua,* la primogenitura y el "liderazgo" del modernismo, y fue acatado como tal en toda América. Ahora bien, el papel de guía y mentor conlleva una responsabilidad que trasciende lo puramente estético. Por desdicha, Rubén sólo dio la talla en el reino poético exclusivamente. Y no vale excusarlo y disculparlo con el ejemplo de otros muchos poetas geniales de vida tan deplorable como la suya —un Poe, un Baudelaire, un Verlaine, un Rimbaud, o un Oscar Wilde, por ejemplo. Ninguno de estos atormentados geniales se convirtió en orientador y maestro ni reclamó tal rango, como hizo Darío. Por consiguiente, su conducta vital no fue tan maleante y contagiosa en sus respectivos ambientes como la del nicaragüense en América.

La digresión ha sido larga, pero era indispensable esta rápida ojeada en torno a la abismal discrepancia que se observa entre el poeta Rubén Darío y el hombre antes de sugerir una explicación lógica y verosímil al curioso fenómeno de real o fingida idolatría rubeniana que se observa en el "vulgo letrado" de América todavía hoy. Tan necesaria como el paréntesis previo, es una breve referencia al clima ético que entre los "plumíferos" americanos prevalece en la actualidad. Sin ambas exploraciones preliminares es imposible diagnosticar la causa de la epidemia.

Nunca ha existido tal muchedumbre de llenapáginas en América como en los días que corren, y jamás el nivel ético del 90% de los que escriben ha caído tan bajo. La mercantilización de la prensa diaria la ha corrompido y esclavizado, poniéndola al servicio de las empresas comerciales que mediante el anuncio la sostienen. Así como las grandes empresas periodísticas se han vuelto venales, los que para ellas escriben tienen su precio también —igual que las alpargatas o los garbanzos. La "divina Aguila", complaciendo a Darío, no sólo ha "extendido sobre el sur sus alas enormes y fuertes" y su "gran sombra continental", sino que allí ha empollado —o fomentado—, no aguiluchos dignos y patriotas, sino una infinita legión despreciable del género gallináceo que se llaman presidentes, ministros, senadores, generales, políticos, agentes a sueldo, abogados, y *soit-disant,* escritores, en pública subasta todos. Todos visten librea cortada a la medida del deseo del "Aguila prodigiosa". Los escritores decorosos y probos son ya una especie poco menos que extinta en la América Latina. Lo que en el siglo pasado era la norma y daba la pauta moral, está pasando a la categoría de excepciones cada día más insólitas y anómalas.

En tal ambiente y entre tanto bribón "escribidor" con disfraz de persona decente, ¿cómo esperar que un Bello, un Montalvo, un González Prada, un Justo Sierra, un Martí, o un Valencia puedan adquirir rango de símbolo o se conviertan en mentores y orientadores? Los dichos y otros de similar estatura ética son testigos incómodos para la gran mayoría de cuántos escriben en español hoy —tanto en América como en España—, porque su limpia ejecutoria, por contraste, pone de relieve y hace resaltar las berrugas y jorobas morales de los plumíferos. De ahí que el símbolo favorito, el santo patrón de tanto foliculario servil sea Rubén. Pero no es su genio poético ni su insaciable apetencia cultural lo que le emulan ni lo que lo convierte en ídolo de estos ficticios adeptos. El genio y la gloria son el pretexto, las condiciones que avalan y justifican en apariencia la fementida devoción. En el fondo, lo que en Darío les atrae, como la carroña al mosquerío, es aquello en que se sienten identificados con él: Su propia amoralidad, su irresponsabilidad, su frivolidad, su "snobismo". En esto sí se reconocen legítimos epígonos y émulos leales. No es el poeta sino el *hombre* Rubén Darío el que los representa y simboliza. Si la ética y la conducta de Rubén hubieran sido tan acrisoladas como las de los seis auténticos grandes que acabo de mencionar, podemos estar seguros de que no tendría tantos secuaces porque en tan hipotético caso no podrían verse re-

flejados en él y en él justificados —o al menos disculpados a sus propios ojos.

Corolario. He vuelto a leer las páginas que preceden con la intención de rectificar alguna arbitrariedad o injusticia que pudiera haberse colado en esta exposición que muchos reputarán polémica, y acaso lo sea. No encuentro nada que rectificar, sin embargo. Todo lo dicho es cierto y verdadero, lo mismo lo que de Darío afirmo que lo aseverado respecto a los farsantes que lo beatifican. Mi pecado consiste en declararlo sin atenuaciones ni eufemismos. Por la escasa minoría de escritores probos, dignos y cultos que todavía nos quedan, sólo abrigo ferviente admiración. Ninguno de ellos tiene derecho a sentirse aludido ni resentirá mi descarnada franqueza. Sólo los que se reconozcan en el retrato colectivo se considerarán agraviados u ofendidos —y son miles los que a muy justo título podrían querellarse. Por los tales sólo siento infinito desprecio. Acaso alguno de ellos, con el pretexto de "defender" a Darío de mis "injurias", me arme pleito, como hicieron dos conocidos mastuerzos recientemente —nicaragüense el uno y español el otro. Peor para ellos porque sus reproches serían la prueba irrecusable de que se han reconocido en la imagen que pinto. De antemano sé lo que han de decir, pero no me quita el sueño. Hay que llamar al pan, pan, y al vino, vino, aunque chillen las impúdicas cacatúas.